Por no tener pantalones

Cansinos

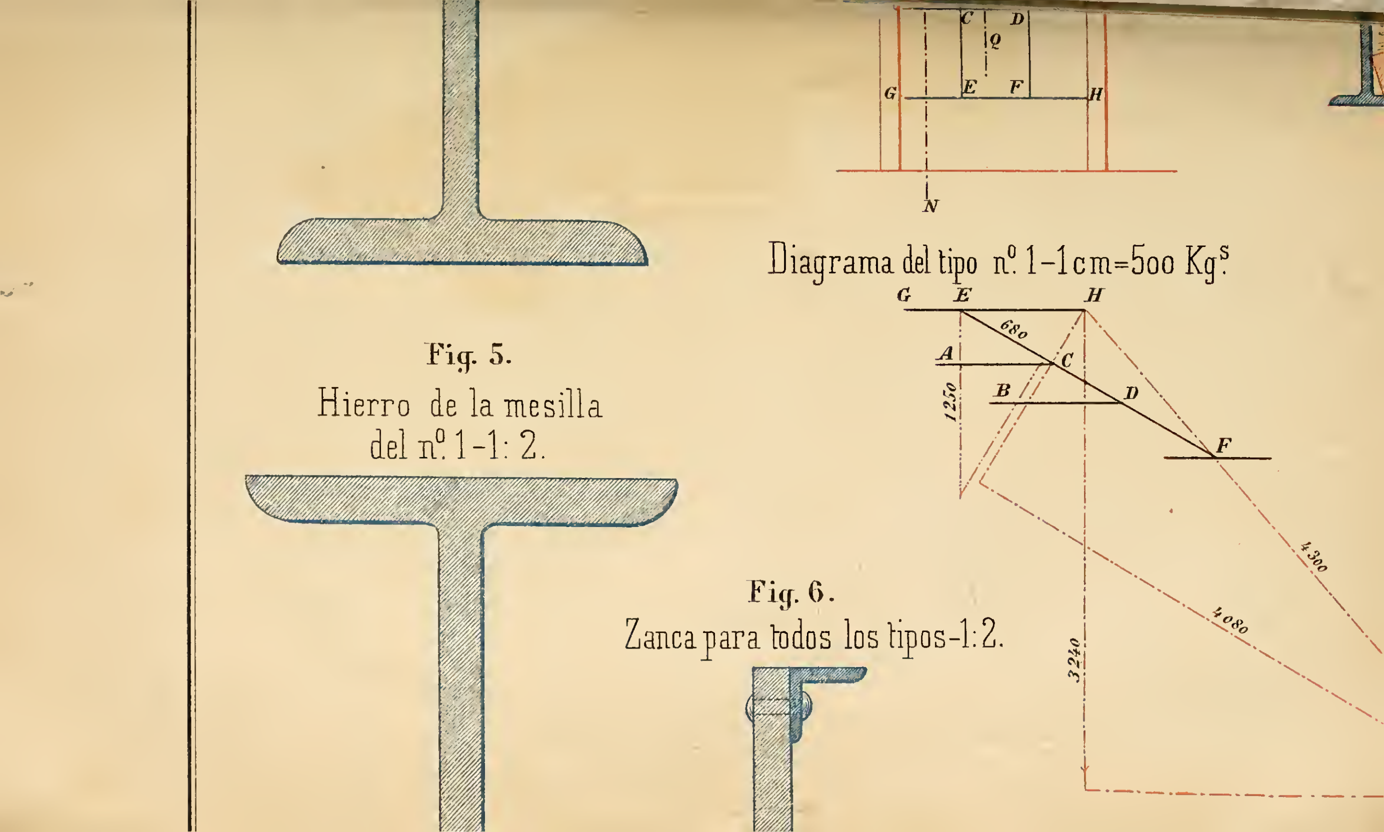


Diagrama del tipo n.º 1-1 cm=500 Kg.s

Fig. 5.
Hierro de la mesilla
del n.º 1-1: 2.

Fig. 6.
Zanca para todos los tipos-1:2.

POR NO TENER PANTALONES,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

D. MANUEL CANSINOS Y MARTINEZ,

Y

D. SANTIAGO INFANTE DE PALACIOS.

Estrenada en el Teatro del Recreo de Madrid, la noche del 4 de Noviembre de 1870.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1870.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELISA	SRTA. MANUELA SAAVEDRA.
ANGUSTIAS, ama de huéspedes	SRA. JUANA GONZALEZ.
CÁRLOS, hijo de	SRES. FRANCISCO LOPEZ.
ANSELMO	JUAN LOPEZ.
LEON, padre de Elisa	EDUARDO CHACEL.
LUCIANO, médico	JUAN RUIZ.

La escena pasa en Madrid, en la casa de huéspedes de Doña Angustias, y en la época presente.



ACTO ÚNICO.

El teatro representa una habitacion pobre, con dos puertas laterales en segundo término. La de la izquierda, da paso á una habitacion interior; y la de la derecha, figura ser la puerta que da entrada á la de la casa. Al foro, horizontalmente colocada, una cama-catre completamente alhajada y cubierta toda su parte derecha desde los piés al testero, por un biombo, colocado tambien horizontalmente. Á la izquierda de la cama y á su testero, un pequeño velador con un candelero de barro y media vela de sebo; un cuelga-capas, donde estará colgada la ropa de Cárlos; y tres sillas ordinarias colocadas indistintamente, de las cuales una no tendrá más que tres piés.

ESCENA PRIMERA.

ANGUSTIAS y CÁRLOS.

ANG. ¿Se puede entrar? (Entrando.)
CARLOS. Adelante,
mi señora doña Angustias. (Acost
ANG. ¿Es posible que esté en cama
habiendo dado la una?
CARLOS. ¡Si usted supiera el por qué,
aprobara mi conducta!

ANG. La adivino.
CARLOS. ¿Quién le ha dicho?...
ANG. ¡Si tiene usted calentura! (Tomándole el pulso.)
Ha pensado sabiamente,
porque en la cama se suda
y se disipan los males...
cuando los males se curan.
Voy á llamar á su amigo
el doctor, pues si descuida
esa enfermedad, pudiera...
CARLOS. ¡Calle usted, por Santa Úrsula!...
(Incorporándose.)
Si mi mal, es mal que pasa
con una pequeña suma.
ANG. Se necesitan jarabes,
agua de tila, y algunas
sanguijuelas que le apliquen
en la garganta.
CARLOS. ¡En la suya!
ANG. Mas es el caso, que estamos
de dinero tan á oscuras,
que como siga este viento
comeremos aleluyas.
Para hacerle el desayuno
de patatas y asadura,
he tenido que quemar
otra silla, y es la última
de las cuatro que compré
para el comedor.
CARLOS. ¡Si es mucha
la miseria que pasamos;
mas yo no tengo la culpa!
¡Si mi padre nada manda,
si no tengo carta suya,
si parece que se ha muerto
ó que se hospeda en la luna;
y no habiendo allí estafetas,
hoy me estaria en ayunas,
á no ser por las patatas
y esa poca de asadura,
que me ofrece generosa
la buena de doña Angustias!

ANG. ¿Don Cárlos, está usted loco?...
¿Comer con la calentura?
¿Dónde se ha visto?...

CARLOS. ¡Señora,
si lo que tengo es gazuza;
si no hay tal fiebre; si estoy
de salud mejor que nunca!

ANG. Pues entónces, no comprendo...

CARLOS. No tengo la menor duda;
venga el almuerzo, señora.

ANG. ¿Está loco?

CARLOS. ¡Doña Angustias!...

ANG. El doctor vive aquí al lado;
si él lo manda...

CARLOS. La asadura,
ó armo la de San Quintin.

ANG. ¡Pero si está casi cruda!...
En fin, yo no se la doy,
pues fuera una gran locura
sin que el médico lo mande.
(Accion de marcharse.)

CARLOS. ¿Dónde va usted?

ANG. En su busca. (Váse.)

ESCENA II.

CÁRLOS solo.

¡Esa maldita mujer
al médico va á llamar;
me deja sin almorzar,
y yo no sé lo que hacer!
¡Es mucha suerte la mia;
mi padre, sin escribir,
y, yo, sin poder salir
á la calle en todo el dia!
(Saca una papeleta de empeño, de debajo de la almohada.)
Y es muy obvia la razon;
tengo que quedarme en cama,
porque mandé al Cosmorama
á empeñar mi pantalon.

¿Qué por servir á un amigo
yo me vea en este trance?...
¡Es que tiene chiste el lance!...
¡Mi mala estrella maldigo!
¿Y qué hacer?... ¿Adónde ir?...
¡No puedo arbitrar un medio!...
Pues señor, no hay más remedio
sino acostarte y dormir.
(Lo hace y se cubre.)

ESCENA III.

DICHO y ANGUSTIAS.

ANG. ¡Albricias, señor don Cárlos!...
(Con una carta.)
¡Ya tenemos aquí carta!
CARLOS. ¿Carta ha dicho?... Déme usted.
(Se incorpora y toma la carta.)
ANG. Voy á freir las patatatas,
que yo tampoco he tomado
con estas cosas, ni agua.
(Dirigiéndose á Cárlos, quien no le hace caso, absorto con la lectura de la carta.)
El médico vendrá pronto,
porque le pillé en su casa
y me dijo que en seguida
iba á venir.
CARLOS. (Despues de leer la carta.) (¡Suerte ingrata!
¡Qué compromiso, Dios mio!)
ANG. ¿Hay buenas noticias?
CARLOS. Malas.
ANG. ¿Acaso, su señor padre
la mesada no le manda
y tendremos que quemar
los sillones de la sala,
vender su catre y el mio,
los colchones y las sábanas,
y dormir en campo raso
con piedras por almohadas?
CARLOS. ¡No diga esos disparates!...
¡Váyase usté enhoramala,

que estoy dado á Belcebú
con esta maldita carta!

ANG. ¿Pero esa carta, qué dice,
don Cárlos de mis entrañas?

CARLOS. Dice que á las tres me espera
enfrente de la Aduana,
y para verla es forzoso
que yo de este catre salga.

ANG.. ¿Para verla?... ¿Verla ha dicho?

CARLOS. Me parece que hablo en plata;
y usted debiera dolerse
de todo lo que me pasa.

ANG. ¡Y me duelo!... Usté está enfermo
y no sabe lo que habla;
pero el médico, su amigo,
no debe tardar.

CARLOS. ¡Ya escampa!
¿Quiere usted dejarme en paz?
¿Quiere usted no ser pesada?
Le prohibo que entre nadie;
quiero estar solo.

ANG. ¡Qué lástima!...
¡Ha perdido la cabeza!
¡La fiebre con él acaba!

CARLOS. Y yo acabo con usted
si ahora mismo no se marcha.

ANG. (Me voy á esperar al médico
y á contarle lo que pasa.) (Váse.)

ESCENA IV.

CÁRLOS solo.

¡Qué patrona!... Sin un duro,
y ademas tan majadera!...
¡Si pantalones tuviera.
saliera yo de este apuro!
¡Y no puedo estar así;
debo evitar todo mal;
se arrojará en el canal;
bien claro lo dice aquí!
(Enseña la carta y la lee.)

«Querido Cárlos: Hace algunos dias que no »te veo, y esto me tiene en extremo disgus- »tada. Más de una vez me has dicho: Aban- »dona la casa paterna y huye conmigo. Mi »padre me ha prohibido hoy que siga amán- »dote, y eso no puede soportarlo mi cora- »zon. Así, pues, he decidido acceder á tus »deseos, y esta tarde, á las tres, te espero »en la calle de Alcalá, frente á la Aduana. »Si cuando llegue no te encuentro, será se- »ñal de que no me amas, y buscaré la muer- »te en las cenagosas aguas del canal, tu »enamorada, Elisa.»

¡Ya parece que la veo
cerca del tercer molino,
cometer el desatino
de zambullirse, y *laus deo!*
De la cama estoy saltando;
mas si salgo en calzoncillos,
irán detrás los chiquillos:
¡Al loco!... ¡¡al loco!!... gritando.

(Angustias y Luciano aparecen y escuchan las últimas palabras.)

ESCENA V.

DICHO, ANGUSTIAS y LUCIANO.

ANG. ¿No lo oye usted? Habla solo.
¡Doctor, está muy malito!
¡Y quiere comer!

LUC. Ni agua
le dé usted sin mi permiso.

ANG. ¿Quiere usted que le acompañe?

LUC. ¿Para qué, si soy su amigo?

ANG. Pues yo me voy allá dentro. (Váse.)

LUC. Llamaré si necesito.

ESCENA VI.

CÁRLOS y LUCIANO.

CARLOS. ¡Chocheces de doña Angustias!
(Cárlos se incorpora y Luciano se dirige á la cama y trata de cubrirle.)
LUC. No te desabrigues, chico.
Conserva el calor, que nieva
y hace muchísimo frio.
Vamos á ver, ese pulso.
CARLOS. ¿Si ya mil veces le he dicho
á esa patrona maldita
que estoy bueno, á qué has venido?
LUC. Vamos, Cárlos, ten más calma;
ya sabes que soy el mismo,
siempre dispuesto á prestarte
de la ciencia los auxilios.
CARLOS. (¡Á que me matan los dos
por mostrarme su cariño!...)
LUC. ¡Tienes fiebre, y la cabeza
ardiendo como un hornillo!
(Tomándole el pulso.)
Es forzoso, indispensable,
ponerte unos sinapismos
bien cargados de mostaza,
entre dos paños muy finos.
El ama te los pondrá,
porque habrá puesto infinitos.
Ella, que es tan hacendosa,
tan pulcra...
CARLOS. Y tú tan borrico,
que entiendes de medicina
como yo de capar grillos.
LUC. Déjame obrar, yo te curo.
CARLOS. ¿Qué me curas?
LUC. Te lo afirmo.
Tú tienes...
CARLOS. Lo que yo tengo
vas á saberlo ahora mismo.
LUC. ¡Pero hombre!...

CARLOS. No me repliques.
LUC. Escucho y no te replico.
CARLOS. Toma esta carta.
(Le da la carta á Luciano, y despues de leerla la deja sobre el velador.)
LUC. ¿La leo?
CARLOS. Es claro.
LUC. Ya la he leido.
CARLOS. ¡Ya te puedes figurar
si es grande mi compromiso!
LUC. ¡No te entiendo!... Eso es muy fácil
arreglarlo, facilísimo.
Te vistes, vas á la cita,
si quieres iré contigo,
y le dices que se vuelva
por donde mismo ha venido.
CARLOS. Mas es el caso... (¡Qué plan!...
¡Qué pensamiento!... ¡Magnífico!)
Mira, Luciano, un favor
que me otorgues es preciso.
Préstame tus pantalones
por un rato.
LUC. ¿Pero chico,
tu estás loco?... Que te preste?..
CARLOS. Es fuerza; los necesito.
LUC. ¿Y me he de quedar sin ellos?
¿Pues, y los tuyos?
CARLOS. ¿Los mios?...
Si me das veinte reales
los puedes ver ahora mismo.
LUC. ¿Dónde están?
CARLOS. En *peñaranda*,
que allí los llevó un amigo,
para salir de un apuro
y meterme en este lio.
(Saca de debajo de la almohada una papeleta; se la enseña, y la vuelve á dejar en el mismo sitio.)
LUC. Yo bien quisiera servirte;
mas no tengo ni un *pitillo*,
y lo que es los pantalones,
la verdad, no me los quito.
Estos que ves, son los únicos,

y es regalo de mi primo,
viendo que los que llevaba
estaban ya muy raidos.

CARLOS. Pues, mira, no hay más remedio;
te los quitas ahora mismo,
porque si no, de este cuarto
no sales, Luciano, vivo.

LUC. ¿Serás capaz?

CARLOS. Lo que oyes;
á todo estoy decidido.
He de salir, y no puedo
presentarme en calzoncillos.

LUC. Tienes razon; pero Cárlos,
¿entónces, cuándo visito?

CARLOS. Si tú visitas muy poco,
y esto de brevas á higos.
Ademas, que me los prestes
es solo lo que te pido.

LUC. ¡Hombre, el caso es peliagudo!...
¿Cuánto tardarás?

CARLOS. De fijo,
unos tres cuartos de hora.

LUC. ¿Nada más?

CARLOS. Lo garantizo.

LUC. Siendo así, salta del catre
que en un verbo me los quito.

(Cárlos salta del catre; le quita los pantalones á Luciano, se los pone y se viste por completo.)

CARLOS. ¡Oh, Luciano de mi alma!
Desabróchate; anda vivo.
Deja que yo te los saque.

LUC. ¡Válgame Dios, y qué frio!...

CARLOS. Acuéstate, con franqueza,
y duerme si no has dormido.

(Se desnuda y se acuesta.)

LUC. No tardes.

CARLOS. ¡Qué he de tardar!

LUC. Que te aguardo.

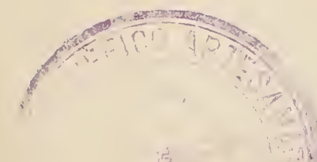
CARLOS. Ya estoy listo.
Vaya, hasta luego.

LUC. No faltes.

CARLOS. ¡Qué he de faltar! .. Adios, chico

ESCENA VII.

LUCIANO solo.



¡Pues señor, bueno seria
que por darle á este tronera
mis pantalones, cogiera
una mortal pulmonía!
¡Y en este cuarto hace frio!...
¡De fijo me quedo helado!

ESCENA VIII.

DICHO y ANGUSTIAS.

ANG. ¡Con qué fueros se ha marchado!...
(Sin acercarse á la cama.)
¡Y dió un portazo, Dios mio,
que la casa estremeció!
Don Luciano debió ser;
no hay duda; vamos á ver
lo que el médico ordenó.
¿Se puede?... ¡Nadie contesta!
¿Se habrá don Cárlos dormido?
LUC. Pase usté, estoy recogido
y voy á dormir la siesta.
ANG. ¿Están, sin duda, los dos?
¡Mas qué miro!... ¿Estoy soñando?
(Se acerca á la cama.)
¿Pues, y don Cárlos?
LUC. Trotando
por esas calles de Dios,
á ver si logra impedir
un crímen atroz, horrendo.
ANG. ¿Pero qué está usted diciendo?
LUC. Que me deje usted dormir.
(Se vuelve del otro lado.)
ANG. ¿Y el enfermo?
LUC. Lo he curado.
Por fin lo pude salvar,
pero á mí me va á costar,

lo ménos, un resfriado.

ANG. ¿Y usted va á quedarse aquí?

LUC. ¿Y eso qué le importa á usté? (Incorporándose.)

ANG. ¿Hasta cuándo?

LUC. Me estaré
hasta que vengan por mí.

ANG. ¿Cuáles son sus intenciones?
¿Acaso se halla impedido?

LUC. No señora; es que he perdido
al entrar mis pantalones.

ANG. ¿Perdido?... ¡No le comprendo!

LUC. Ni yo se lo he de explicar,
y déjeme descansar
pues estoy mejor durmiendo.
(Se acuesta y se vuelve del otro lado.)

ANG. Ya me voy. (¡Qué algarabía
han armado entre los dos!...)
Siento que llaman... ¡Gran Dios!...
(Campanillazos dentro.)
¿Si será la policía? (Váse.)

ESCENA IX.

LUCIANO solo.

¿Será Cárlos?... Aún no es tiempo;
(Incorporándose.)
hace poco que marchó
y no puede estar de vuelta
de su grave expedicion.
(Entran Angustias y Anselmo y figuran hablar.)
Escuchemos... ¿Me parece
que yo conozco esa voz?...

ESCENA X.

DICHO, ANGUSTIAS y ANSELMO, en traje de camino y con cartera de viaje.

ANS. Mi señora doña Angustias,
vengo buscando al doctor

don Luciano; aquel amigo
de mi hijo; dicen que entró
en esta casa, y supuse
que estaria aquí.

ANG. Sí señor.

ANS. Pues lléveme á su presencia,
señora, sin dilacion,
que es forzoso que en seguida
vaya á la Puerta del Sol,
á visitar á una enferma
que padece una afeccion
al pecho, y que se nos muere
si á tiempo no va el doctor.

LUC. (Pues si quieres que yo vaya,
me has de dar tu pantalon.)

ANG. Ahí le tiene usté acostado.
(Señalando al biombo.)

ANS. Ya le haré levantar yo,
que la pereza en los médicos
la anatematiza Dios.

ANG. Pues me voy, con su permiso,
á seguir mi obligacion.

ANS. Vaya usted.

ANG. (Traerá dinero.
¡La Vírgen me le envió!) (Váse.)

ESCENA XI.

LUCIANO y ANSELMO.

Anselmo se acerca á la cama; Luciano se acuesta; finge dormir, y se pone á roncar.

ANS. ¿Duerme usted?... ¡No me contesta!
¡Qué ronquido más atroz!...
Es preciso despertarle.
Don Luciano...

LUC. ¿Quién?...

ANS. Soy yo.

LUC. ¡Hola, amigo don Anselmo,
yo le hacia en Badajoz!... (Incorporándose.)

ANS. Levántese usté al instante,

sígame sin dilacion,
que se muere una señora
si no acude usted, doctor.

LUC. (¿Cómo decirle que á Cárlos
le he prestado el pantalon?)

ANS. ¿Pero usted no se levanta?

LUC. No me levanto.

ANS. ¿Que no?
¿Usted no sabe del médico
la sagrada obligacion?
¡Ay de usted, si por su causa
se muere doña Leonor!

LUC. Don Anselmo, si no puedo.

ANS. Haga un pôder, ¡vive Dios!

LUC. Pues bien, en usted consiste.
Présteme su pantalon.

ANS. ¿Pero usted se ha vuelto loco?
¿Que le preste?...

LUC. Sí señor,
porqué no tengo ningunos,
ni aquí, ni en casa.

ANS. Ni yo
tengo más que el que usted ve,
porque dejé en la estacion
mi maleta.

LUC. Eso es muy fácil;
se mete usted donde estoy,
y bien arropado, espera
mi regreso.

ANS. ¡Eso es atroz!
Yo prometí acompañarle,
y aquí no me quedo, no.

LUC. Pues si usted no se conforma,
me vuelvo á dormir; adios.
(Se vuelve del otro lado.)

ANS. ¿Pero, Luciano, y mi hijo?
¿Dónde andará ese bribon?...
porque si estuviese aquí,
le diera aunque fuesen dos.

LUC. (Incorporándose.)
¿Dos?... ¿Conque dos dice usted?
¡Fatal equivocacion!...

Cárlos no tiene ni el puesto.
ANS. ¿Qué me cuenta usted, doctor?
Pues siendo así, me los quito.
LUC. Y del catre salto yo. (Lo hace.)
ANS. Tire usted... Mucho cuidado...
(Al sacarle Luciano los pantalones, Anselmo se resbala y cae. Luciano se viste por completo.)
LUC. Ya están.
ANS. Pues sin dilacion
vístase usted, y en seguida
vaya á la Puerta del Sol,
número tres, piso quinto,
donde está doña Leonor.
(Pone la cartera debajo de la almohada; se desnuda; y despues se acuesta.)
Tal vez la encuentre usted sola,
porque su hermano salió
en busca de su hija Elisa,
pues un infame raptor
la ha robado de su casa,
sin saberse donde huyó.
LUC. Enterado. ¿No se acuesta?
ANS. Eso será lo mejor,
porque hace un gris que traspasa.
LUC. Que descanse usted; adios. (Váse.)

ESCENA XII.

ANSELMO, solo.

¡Y la cama está caliente!...
Muy bien me viene, á fe mia,
que este maldito viaje
me ha hecho el cuerpo una tortilla.
¡Pero, señor, qué Madrid!...
¡Qué juventud la del dia!...
¡Según voy viendo, muy pronto
todo el mundo irá en camisa!

ESCENA XIII.

DICHO y ANGUSTIAS.

ANG. Otro portazo ha sonado.
¡Esto es una algarabía!
¿Han convertido mi casa
sin duda en una cantina,
donde entran y salen todos
sin decir nada?... ¡Á fe mia
que tolerarlo no debo!
ANS. Ya viene á hacerme visita
doña Angustias... ¡Si pudiera
ocultarme de su vista!...
ANG. ¿Si se habrán ido los dos?
Llegaremos de puntillas.
(Se acerca á la cama y repara en Anselmo.)
Don Anselmo no se ha ido.
¡Mas ya caigo!... La fatiga
le molesta. Duerma usted,
que esta casa es muy tranquila.
ANS. Ya lo sé. (Incorporándose.)
ANG. Concilie el sueño.
ANS. Doña Angustias, no podria.
¡Me han pasado tantas cosas
desde que llegué á esta villa!...
Aquí me tiene usté en cama,
sin poder salir.
ANG. ¿Me explica
por qué todos los que vienen
á esta casa de visita
se acuestan, y el que recibe
se va á la calle en seguida?
¿Ese catre tiene imán?
ANS. Doña Angustias, eso estriba
en que el tiempo no ha llegado
de que se salga en camisa.
ANG. ¡Ni quiera Dios, don Anselmo!...
¡Lo que es yo, nunca saldria!
Pero explíqueme, señor,
ese misterioso enigma.

ANS. Ya le he dicho lo bastante,
y sepa que en este dia
cuantos entren en su casa
se acuestan.
ANG. ¡Vírgen Santísima!...
¿Y si es alguna mujer,
alguna de mis amigas?
ANS. Como la mujer no tiene
lo que hace falta, varia.
ANG. ¡Me parece que han llamado!
(Campanillazos dentro.)
¿No ha oido usted la campanilla?
ANS. Corra usted, y si es un hombre
se desnudará en seguida.
(Campanillazos dentro, y váse Angustias.)
ANG. ¡Santo Dios!... ¿Se han vuelto locos?
Voy... ¡Pues tiene poca prisa!

ESCENA XIV.

ANSELMO, y á poco ANGUSTIAS y LEON.

ANS. Es Cárlos; en cuanto entre
las cuentas le he de ajustar.
LEON. Á ver si calla, señora,
y me deja usted en paz.
(Con el cordon de la campanilla en la mano.)
ANG. ¡Pero señor!...
LEON. Que se calle,
(Levantando el baston que trae.)
y diga dónde he de hallar
á un pillete que le llaman
don Cárlos de Sandoval.
ANS. ¿Quién será ese beduino?
ANG. Aquí vive, mas no está;
pero en cambio está su padre,
quien le puede á usté informar
de cuanto quiera.
LEON. Muy bien,
anúncieme usted, y en paz.
ANG. Le anunciaré, pero dém...
para que puedan llamar

ese cordon, que no es suyo.
ANS. ¡Si no es hombre, es un chacal!
LEON. Tome usted, y diga al padre
(Le da el cordon á Angustias.)
que aquí le espero.
ANG. (Señalando al biombo.) Si está
acostado en esa cama.
LEON. ¿No se puede levantar?
ANG. No lo sé, yo me retiro
y ustedes se entenderán.

ESCENA XV.

DICHOS, ménos ANGUSTIAS.

LEON. ¿Sabe usted cómo me llamo?
(Se acerca á la cama con malos modos.)
ANS. Ni lo he sabido jamás,
ni me importa.
LEON. Si le importa.
Se trata de un perillan
que ha seducido á mi hija,
una niña angelical,
fiel retrato de su padre,
un honrado militar
que se retiró hace años
de efectivo capitan.
Ese soy yo, don Leon
Gil Centellas de Aguilar.
ANS. ¿Entónces, es usté hermano?...
LEON. Dispense, luego hablará.
El seductor, es su hijo;
la mancha se ha de lavar,
pues no quiero que mi honra
ande en bocas.
ANS. Bien está.
Ignoraba esos amores
de ese hijo de Barrabás,
que me ha dado más disgustos
que letras tiene un misal;
mas si lo que dice es cierto,
todo se remediará.

De Badajoz he llegado
hace tres horas lo más,
acompañando á su hermana
doña Leonor de Aguilar.

LEON. ¡Mi hermana en Madrid!... ¿Qué dice?...

ANS. Digo la pura verdad.
Yo la he dejado en su casa
y al punto salí á buscar
á un médico conocido,
que en seguida mandé allá,
para aliviar la dolencia
de su grave enfermedad.
Su esposa allí se encontraba
y me contó con afan
el accidente imprevisto
de Elisa; mas sospechar
no pude en manera alguna
que el infame criminal
fuese Cárlos, y aun lo dudo,
pues no le juzgo capaz,
porque lleva el apellido
ilustre de Sandoval.

LEON. ¿Con que es decir que yo miento?

ANS. (¡Qué genio de Barrabás!)

LEON. ¡Una carta!... ¡Es de mi hija!...
Si se ha arrojado al canal,
arrojo en él á su hijo
y á usted por ser su papá.
¡Mire usted, mi pobre Elisa!...
¿Qué contesta?

ANS. Que es verdad.

LEON. ¡Pues no faltara otra cosa
que me lo fuese á negar!
Yo necesito á su hijo;
su paradero sabrá,
y por lo tanto es forzoso
que salga de esta ansiedad.
Vístase usted.

ANS. Si no puedo.

LEON. No me llegue á incomodar,
pues ya me va usted cargando,
y hago una barbaridad.

(Levanta el baston.)
Del primer palo, le rompo
la columna vertebral.

ANS. (¡Yo no sé cómo decirle
que se empiece á desnudar!)

LEON. Ande usted, que ya no espero;
vivo, señor Sandoval.

ANS. Pues bien, desnúdese usted;
(Movimiento de Leon.)
los pantalones no más,
que yo he prestado los mios
y no los debí prestar.
Acceda usted á mis ruegos;
quíteselos, por piedad,
que ántes de cuarto de hora
le prometo que estarán
en su poder los infames
y castigarlos podrá,
pues yo resigno en usted
de padre la autoridad.

LEON. ¿Pero hombre, dónde se ha visto
desnudar á un capitan?

ANS. No hay más remedio.

LEON. Pues sea;
mas si me llega á engañar,
ya sabe usted que le rompo
la columna vertebral.
(Se quita los pantalones y se los da á Anselmo.)
Tome usted, y disimule
el remiendo de detrás.

ANS Con efecto, mas no importa; (Mirándolos.)
eso lo tapa el gaban.
(Se pone los pantalones y se viste.)

LEON. Pues mire usted, son los únicos.
¡Las pagas andan tan mal!...

ANS. Ya estoy listo. La cartera.
(Al tomar la cartera, vé la papeleta de empeño y se la guarda.)
(¿Y este papel qué será?
¡El pantalon empeñado!
Así lo podré sacar.)
Acuéstese; vuelvo pronto.

Hasta más ver, capitan. (Váse.)

ESCENA XVI.

LEON, solo.

Si me ha burlado ese viejo,
le mato sin remision,
y he de hacerme un pantalon
con su arrugado pellejo.
¡Quién sabe cuándo vendrá!
¡Débil he sido, á fe mia!
Si no viene en todo el dia,
el ama lo pagará.
¡Y el cuartito está abrigado!
¡Vive Dios que es una alhaja!
¡La cama es una mortaja!...
Mejor estaré sentado.
¡Por San Jorje que esto es
tras de cuernos, penitencia!
(Coge la silla de tres piés para sentarse y se cae.)
¡Es silla de resistencia!
¡No tiene más que tres piés!
¡Pues, señor, es diversion!
¿Y aquí el tiempo en qué se pasa?
(Repara en la puerta izquierda y váse por ella.)
Voy á registrar la casa.
Empezaré mi escursion.

ESCENA XVII.

ELISA y ANGUSTIAS.

ANG. ¿Pero dónde va?
(Entra Elisa precipitadamente seguida de Angustias, quien trata de detenerla.)
ELISA. Á su cuarto.
ANG. ¿Á su cuarto?
ELISA. Sí señora.
No me detenga, que soy
de Isabel la misma sombra,
que va buscando al Marcilla

que su corazon adora.
Soy la Virginia de Pablo;
soy la Fornarina hermosa,
que el gran Rafael pintaba
en sus colosales obras.
Soy la Inés, por quien Tenorio
alcanzó misericordia;
la Margarita fantástica
qué fué de Göet la gloria;
la Teresa de Espronceda;
la Matilde encantadora,
que al bravo Malekadet
hizo ganar mil victorias.
Soy Elisa la constante,
que por Cárlos está loca,
porque su vida es mi vida,
porque su sombra es mi sombra.

ANG. ¿Á quién busca? ¿Qué pretende?

ELISA. Usted será la patrona.

ANG. Soy el ama de mi casa,
y lo que he tomado á broma
lo puedo tomar en serio.

ELISA. (Esta mujer todo es prosa.)

ANG. ¿Pero usted busca á don Cárlos?

ELISA. ¿Ha salido?

ANG. Hace una hora.

ELISA. ¿Volverá pronto?

ANG. No sé.

ELISA. Yo soy su amante, su novia;
la que en breve, ante el altar
será por siempre su esposa.

ANG. No hay nadie, prosiga usted.
(Observando por todas partes.)

ELISA. Yo no temo que me oigan,
que aunque mi padre es muy fiero,
á las fieras se las doma.

LEON. No se escapó. ¡La maté!
(Habla Leon dentro y da un fuerte garrotazo.)

ELISA. Vámonos de aquí, señora,
que esa voz es de mi padre.

ANG. ¡Jesus y qué Babilonia! (Vánse.)

ESCENA XVIII.

LEON solo.

Mi registro ha concluido,
y allí el cadáver quedó
del único ser que habia
en aquella habitacion.
¡Su muerte habrá sido dulce;
le dí un garrotazo atroz
en medio de la cabeza,
y acto contínuo espiró!
¡La infeliz quedó aplastada!
¡Era una rata feroz!

ESCENA XIX.

DICHO y CÁRLOS.

CARLOS. No he podido dar con ella.
¿He vuelto pronto, doctor?
(Se dirige á la cama.)
LEON. ¡Gracias á Dios que te agarro!
(Asiéndole de un brazo.)
No te escaparás, bribon.
Elisa, ¿dónde se encuentra?
CARLOS. ¿Pues acaso lo sé yo?
LEON. ¿Qué no lo sabes?... ¡Tunante,
de honras agenas ladron!...
Tú me has robado á mi hija;
teme mi justo furor;
ó me la devuelves pronto,
ó te mato.
CARLOS. Don Leon,
modere usted sus impulsos
y escúcheme por favor.
(Se desprende de Leon.)
Adoro á Elisa, es mi bien,
mi esperanza, mi ilusion;
mas hace ya algunos dias,
que mis ojos, ese sol

de la pureza no vieron,
pues para mí se ocultó.
Esta mañana, serian
como cosa de las dos,
recibí una carta de ella
por el correo interior.

LEON. ¿Es esta? (Enseñándosela.)

CARLOS. Pues que lo sabe,
ahorremos conversacion.
El acudir á la cita
gran trabajo me costó;
pero puedo asegurarle
que decidido iba yo,
á que á su casa volviese
sin mancha alguna en su honor.
Llegué allí, no la encontré,
y he recorrido veloz,
desde el canal al Retiro,
el Prado, Puerta del Sol
y las calles principales.
Mi esperanza se frustró,
pues no he sabido encontrarla
y esto aumenta mi afliccion.

LEON. Don Cárlos, me ha conmovido,
es usté un hombre de honor;
pero yo sabré encontrarla
si me da su pantalon.

CARLOS. Dispense usted, que no es mio;
es propiedad de un doctor
que en esa cama dejé,
cuando de aquí salí yo.

LEON. Pues si usted me ve sin ellos
de gaban y con baston,
es por causa de su padre.

CARLOS. ¿De mi padre?

LEON. Sí señor;
se los tuve que prestar.

CARLOS. ¡Pero si está en Badajoz!...

LEON. Ha venido, no lo dude;
en busca de usted salió,
y el pantalon de su padre,
puesto lo lleva el doctor.

Pero no perdamos tiempo,
quítese usté el pantalon.
(Al oir campanillazos dentro, ambos se dirigen á la puerta derecha.)

CARLOS. Espere usted que han llamado.
Voy á ver...

LEON. Tambien voy yo.

ESCENA XX.

DICHOS, ANGUSTIAS y LUCIANO.

CARLOS. ¡Luciano!...

ANG. (¡Jesus qué facha!)
(Reparando en Leon.)

LUC. ¿Y tu padre?

CARLOS. No le he visto.

LEON. ¿Este señor es el médico
que fué á visitar?...

LUC. El mismo.

LEON. ¿Y dígame usted, la enferma
está grave, de peligro?

LUC. No hay cuidado, yo respondo.

CARLOS. ¡Pues si responde mi amigo!...
(de seguro que se muere.)

LEON. ¿Y mi Elisa, ha parecido?

LUC. Su familia nada sabe;
al menos, así lo ha dicho.

LEON. ¡Voto á cribas!...

ANG. (Reparando en Leon.) ¡Caballero,
está usted en calzoncillos;
eso es faltar al decoro,
y no debo consentirlo!

LEON. Pues si no quiere usted verme,
cierre los ojos.

ANG. ¡Qué fino!
(¡No se parece á su hija;
es otra cosa, otro tipo!
Prevengamos á don Cárlos.)

LEON. Nada, yo estoy decidido
y he de salir á buscarla.

ANG. (Pues no la encuentras, de fijo.)
LEON. Usted, doctor, me parece (Ap. á Luciano.)
que debe ser un buen chico.
Présteme esos pantalones.
LUC. Estos no, que no son mios. (Ap. á Leon.)
CARLOS. ¿Qué dice usted? (Ap. á Angustias.)
ANG. La verdad; (Ap. á Cárlos.)
mas que calle le suplico,
pues así me lo ha encargado.
CARLOS. ¡Santo Dios, qué laberinto! (Ap. á Angustias.)
LEON. Desnúdese usted. (Ap. á Luciano.)
LUC. No quiero. (Ap. á Leon.)
LEON. ¿Á qué le rompo el bautismo? (Ap. á Luciano.)
Yo he de salir.
LUC. Salga usted. (Ap. á Leon.)
LEON. ¿Pero cómo? (Gritando.)
LUC. En calzoncillos.
LEON. He de aplastarte. (Levanta el baston.)
CARLOS. Señores!... (Interponiéndose.)
ANG. (¡Este hombre es un beduino!)
LEON. Voy á avisar al alcalde
y el desatará este lio.
ANG. Pues si viene, ya estoy viendo
que se desnuda, de fijo.
CARLOS. Pero señor don Leon,
que se calme le suplico
y evitemos los escándalos.
LEON. ¿Qué escándalos, vive Cristo,
cuando no sé el paradero
de mi Elisa, de mi hechizo?
CARLOS. Yo respondo que su vida
no corre ningun peligro.
ANG. ¿Llamaron? (Campanillazo dentro.)
CARLOS. Será mi padre.
ANG. Quieto; corro á prevenirlo.

ESCENA XXI.

DICHOS menos ANGUSTIAS.

LEON. ¿Puede explicarme, don Cárlos,
porque yo no me lo explico,

cómo responde de Elisa
si dice que no la visto,
y á veces se encuentra inquieto
y otras está muy tranquilo?
¿Qué enredo es esté?
(Angustias y Anselmo aparecen y escuchan las últimas palabras.)

CARLOS. Paciencia;
lo va á saber ahora mismo.

ESCENA XXII

DICHOS, ANGUSTIAS y ANSELMO.

ANS. Para qué, si estoy aquí
y se lo voy á explicar.
(Trae en un envoltorio, los pantalones de Cárlos.)

CARLOS. ¡Mi padre!...

ANS. Por abrazarme,
no tenga usted tanto afan.
(Cárlos trata de abrazarle.)

ANG (¡Ansiosa estoy por saber
de este belen el final!)

LEON. Una vez que usté ha venido,
es porque encontrado habrá
á la culpable, esa infame,
esa ingrata criminal
que ha deshonrado mis canas,
burlando mi ancianidad.
Pero le juro...

CARLOS. —¡Por Dios!...

LUC. La debe usted perdonar.

ANS. Un padre siempre perdona.
Descubriré la verdad.—
Su hija Elisa, no es culpable;
es aturdida no más;
ligera, como son todas
las jóvenes de su edad.
Está en mi poder segura;
y si no lo toma á mal
y su perdon me promete,
haora mismo la verá.

¿La amas, Cárlos?

CARLOS. Padre mio,
con locura sin igual.

ANS. Consienta usté, y que se casen.

LEON. Pero...

LUC. Ya no se hable más;
salga la novia, y el novio
que se empiece á desnudar...
pues tiene mis pantalones.

ANS. Y usted los mios. (Á Luciano.)

LUC. Verdad.

LEON. ¿Y los que yo les presté?

ANS. ¿No los conoce usted ya?
(Mostrándole el remiendo.)

LEON. Sí señor, porque le he visto
una infalible señal.

CARLOS. Todos tienen pantalones,
aunque cambiados están;
yo los que tengo los debo
y me los voy á quitar.

ANS. Toma el cuerpo del delito;
(Dándole el envoltorio á Cárlos.)
abrázame, perillan,
y disponte, que nos vamos,
no quiero que estudies más.
Serás labrador, pues tengo
muchos campos que labrar;
y si don Leon te admite
por yerno, se cumplirán
mis deseos, y tendré,
con su familia, una más.

LEON. Consiento en todo y por todo.
Á Elisa quiero abrazar.

ANS. Doña Angustias, ya lo oye.

ANG. (No acabó el enredo mal.) (Váse.)

ESCENA XXIII.

DICHOS, menos ANGUSTIAS.

LUC. Póngase usté el pantalon, (Á Leon.)
cuya falta armó este lio.

CARLOS. Tómelo usted, que es el mio.
(Le da el pantalon á Leon.)
ANS. ¿Lo cambia usted, don Leon?
LEON. Sí señor, y trato hecho.
(Poniéndose el pantalon.)
ANS. Todos queden como estamos.
CARLOS. Nosotros... (Señalando á Luciano.)
LUC. Nos conformamos.
LEON. Y yo quedo satisfecho.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ELISA y ANGUSTIAS.

ELISA. ¡Padre del alma!... (Abraza á Leon.)
LEON. (Abraza á Elisa.) ¡Hija mia!...
ANS. Tu esposa. (A Cárlos.)
CARLOS. Elisa, mi bien. (Abraza á Elisa.)
ELISA. Tus brazos son el Eden (Abraza á Cárlos.)
que soñó mi fantasía.
¡Y yo te buscaba ansiosa
con indescriptible afan!
ANG. (¡Qué almibarados están!)
CARLOS. Mañana serás mi esposa.
ANS. Y huyendo de esta Babel,
de este laberinto atroz,
pasareis en Badajoz
toda la luna de miel.
Allí tienes la ventura
y el sosiego deseado;
te quiero ver entregado,
en todo, á la agricultura;
que aquí sobran oradores
y gente que mucho daña,
pues lo que le falta á España
son muchos agricultores,
no gentes sin corazon,
que con promesas y engaños,
vienen chupando, hace años,
la sangre de esta nacion.
Vámonos, pues, á comer,
y á arreglar nuestro viaje.

ANG. ¡No tengo más que este traje!...
LEON. Ménos tiene mi mujer.
ANS. Á comer sin dilacion.
LUC. Yo soy uno para todo.
ANS. Vámonos de cualquier modo.
CARLOS. Mi padre tiene razon.
ELISA. Ya entreveo en lontananza

(Todos se dirigen hácia la puerta derecha, ménos Elisa, que detiene á Cárlos y se adelanta con él hácia el proscenio. Los otros se detienen tambien y contemplan el cuadro.)

y entre nubes de arrebol,
el puro y ardiente sol
de mi risueña esperanza.
Se colmará mi deseo
y seré por fin dichosa,
cuando me llame tu esposa
en el altar de himeneo.

(Al público.)

Mas toda esa dicha, toda,
veré por siempre nublada,
si no escucho una palmada,
como regalo de boda.
Si aplaudirme te propones,
hazlo, si fué de tu agrado,
el juguete titulado:
POR NO TENER PANTALONES.

FIN DEL JUGUETE.

Carraja

CUARTEL PARA UN BA

PABELLÓ

SUELOS

Fig. 3.

Viga de piso -1: 2.



Detalles